

de relieve recientemente por Suárez Verdeguer en la VI Semana de Historia Eclesiástica Contemporánea—, como las *Reflexiones sobre la reforma eclesial*, elevado a Fernando VII, tan sólo ocupa cinco escasas páginas (263-268). El adecuar mejor el espacio al valor objetivo de los escritos traería como consecuencia una reducción de la extensión del libro que, en la redacción actual, puede resultar demasiado amplio.

CÉSAR IZQUIERDO

Card. José SIRI, *Getsemaní. Reflexiones sobre el Movimiento Teológico Contemporáneo*, Hermandad de la Santísima Virgen María, Cete (Col. «Pensamiento Católico del Cete», n. 4), 1981, 384 pp., 15 × 21.

Esta obra reciente del Cardenal Siri aparece casi treinta años después de la última edición de su clásico tratado sobre *La Revelación*, que fue, especialmente en Italia, un texto básico de Teología fundamental; y vuelve a tratar el tema con la misma fuerza expresiva de entonces, con la misma claridad conceptual, con el mismo rigor científico, pero con una perspectiva histórico-crítica muy diferente. El Cardenal Siri, que cumplió el pasado mayo setenta y seis años, habla en *Getsemaní* del tema que ha llevado siempre en el corazón y del que es maestro —la revelación y la fe— con la riqueza de ideas de una reflexión nunca arrinconada y con la visión de los problemas vitales que la doctrina siempre implica, y la experiencia pastoral hace palpar. El libro ha sido traducido al francés, inglés, alemán y al castellano. Esta última versión, pulcramente impresa por el Cete, es la que nos sirve de referencia.

Como pastor y a la vez como teólogo, el Cardenal Siri se dirige a los representantes más destacados de lo que en los años cincuenta se llamaba *nouvelle théologie* y que ahora algunos estudiosos, entre ellos Fabro, llaman «teología progresista». Siri se dirige a ellos para invitarles —como escribe Raimondo Spiazzi en una elogiosa reseña en *L'Osservatore Romano* (13-IX-80)— «a un Getsemaní de reflexión y de purificación: intento que el autor persigue en calidad de estudioso eminente, pero sin salir de su condición de maestro de la fe que, como obispo, debe también realizar una tarea de juicio fundado sobre un mandato divino». Y aquí está el punto clave: este «juicio» formulado por un maestro de la fe sobre parte de la teología contemporánea, ¿qué criterios adopta? Y ¿qué criterios quiere recordar a los que se dedican al trabajo teológico?

A nuestro parecer, el interés de la obra de Siri es precisamente éste: la *pars construens*, que consiste en una autorizada llamada a los verdaderos criterios de la fe y de la teología, más que la *pars destruens* de crítica de las desviaciones doctrinales producidas por haber olvidado tales criterios.

Ciertamente, todos obtendrán provecho de la lectura de las páginas

—escritas con el inconfundible estilo del autor, descarnado y sin ambages, lleno de pasión por la verdad pero sin retórica, sin énfasis— en las que se analizan las conclusiones de Karl Rahner (pp. 34-40), Juan Alfaro (pp. 41-45), Henri de Lubac (pp. 57-71), nuevamente de Karl Rahner (pp. 72-92, 134-140, 176-182, 278-289, 352-366), de Pierre Teilhard de Chardin (pp. 207-209), Hans Küng (pp. 290-294), Rudolf Schnackenburg (pp. 307-313) y de otros exégetas menores. El análisis teológico incluye, como la materia requiere, frecuentes referencias a las premisas filosóficas de los autores, y de hecho se habla primero de Descartes, Kant y Hegel, más tarde de Vico y Dilthey, después de Schleiermacher y otros filósofos protestantes, haciéndose incluso una referencia a la filosofía de Jacques Maritain en lo que concierne a los católicos (según el autorizado parecer de George Cottier, que ha comentado la obra de Siri en «Nova et vetera», las críticas a Maritain no son acertadas, pues atribuyen a Maritain los errores de Teilhard de Chardin).

Pero, repetimos, el interés principal del argumento que el Cardenal Siri desarrolla en *Getsemani* es la lúcida, coherente y rigurosa puntualización del verdadero método teológico. *Methodos* en griego significa «camino a través del cual se llega a la meta»: el método teológico es precisamente la vía recta que parte de la Revelación —tal como la Iglesia la custodia, interpreta y enseña— para llegar, por mediación de la reflexión racional, a una comprensión más rica del misterio y, por tanto, a su formulación capaz de nutrir la inteligencia de los creyentes y de encaminar hacia la fe a todos los hombres de buena voluntad. Cuando el punto de partida —la Revelación— no está exactamente determinado o no se le ha entendido correctamente, entonces el camino está equivocado *a radice*; pero también cuando se parte del punto exacto es necesario después proceder en la justa dirección, coherentemente. *Getsemani* intenta recalcar estas ideas con un lenguaje propio del hombre de fe (y del maestro de la fe), y al mismo tiempo del estudioso consciente del servicio precioso que una recta reflexión teológica ha ofrecido y puede continuar ofreciendo a la fe genuina, a la piedad sincera, a la catequesis, a la evangelización.

Existe, antes que nada, el problema del punto de partida en teología. El Cardenal Siri, con el apoyo de la tradición teológica que se remonta a Santo Tomás y a su célebre tesis de los «artículos de la fe» como objeto propio de la *sacra doctrina*, afirma con decisión que el punto de partida en teología es el *Credo* de la Iglesia. En otros términos, los teólogos trabajan en el seno de la Iglesia —comunidad de creyentes— y son creyentes exactamente del mismo modo y con el mismo fin que todos los demás fieles, con los cuales condividen la *una fides* que salva; en el interior de la Iglesia, su tarea es profundizar científicamente en el contenido racional de la fe que todos tienen en la Iglesia y que el Magisterio custodia, interpreta y enseña con autoridad divina infalible.

El *Credo* de la Iglesia depende por entero, a su vez, de la Revelación divina, manifestada en la Sagrada Escritura y la Tradición, en unidad indivisible, como ha enseñado vigorosamente la *Dei Verbum*. Así, la exégesis de la Sagrada Escritura, la investigación histórica sobre la Tradición y la profundización especulativa se dirigen totalmente a esclarecer el sentido genuino de los «artículos» del *Credo*: no para negarlos o reducirlos,

no para vaciarlos o alterarlos, no para ponerlos entre paréntesis o someterlos a una duda metódica, sino simplemente para creerlos más y mejor, para penetrar más a fondo en la inagotable riqueza de la verdad divina, para hacerlos alimento de la propia vida espiritual y del apostolado.

El punto de partida, el punto justo, es pues el *Credo*, la fe de la Iglesia, de toda la Iglesia fiel al Magisterio.

«Sin embargo, a menudo, se considera esta respuesta sencilla y de verdad profunda, como inadecuada para una exacta comprensión de la Revelación y del misterio de la Salvación. Aun en el seno de la Iglesia, el referirse al Credo como a un criterio fundamental de verdad, se considera ahora como algo ingenuo y extraño a los caminos del conocimiento objetivo del hombre» (p. 31). A pesar de todo, ésta es la verdad católica, como resulta también de las enseñanzas más recientes del Magisterio solemne (DV 24 y 10). La teología estudia la Revelación en sus fuentes —la Escritura y la Tradición— según la interpretación auténtica del Magisterio, es decir, según los «artículos de la fe», el *Credo*. Esta interpretación auténtica es el criterio para reconocer las fuentes, para que lleguemos a ellas, para que alcancemos la verdad, para asimilarla y expresarla en coherencia perfecta con la fe de la Iglesia.

En la doctrina del Vaticano II, esta sencilla (pero no fácil de aceptar y de vivir) lógica de la fe, se expresa en un célebre texto: «Está claro, pues, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, por la sapientísima disposición de Dios, están de tal modo *conexas y unidas entre sí* que no pueden subsistir independientemente; y todas juntas, según el propio modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas» (DV 10). Al Cardenal Siri le apremia salvaguardar este criterio fundamental de unidad en el trabajo teológico, subrayando lo que hoy algunos niegan u olvidan, o sea, el valor de la Tradición. Rahner ha escrito que la Tradición es un «testimonio de la conciencia de fe de la Iglesia» (*Sacra Scriptura e teologia*, p. 169); Siri afirma que esto es poco, y no es lo esencial desde el punto de vista teológico: «La Tradición, hemos dicho, transmite, mediante palabra y vida, la verdad de Cristo recibida por su vida, por su boca, por el Espíritu Santo; por la boca de los Apóstoles, por la vida de los Apóstoles, por la oración y los hechos de los Apóstoles; por la boca, la oración y los hechos de los sucesores auténticos de los Apóstoles; o sea por todo aquello que es asistido e iluminado por el Espíritu Santo en el conjunto de la vida de la Iglesia» (p. 39).

Por consiguiente «no se puede hablar de una tradición que, según una probabilidad más o menos importante, sería testimonio de la 'conciencia' de fe de la Iglesia, porque la Tradición es una norma auténtica para la vida doctrinal y para el culto de la Iglesia entera; y en este sentido, también es una norma auténtica para explicar la Escritura» (p. 39-40).

El criterio de la verdad teológica es pues el reconocimiento del verdadero punto de partida; reconocimiento que después determina también el recto modo de proceder en la interpretación del dato revelado, ateniéndose a los principios de interpretación auténtica que vienen del Magisterio en la línea de la tradición viva: «Si la Tradición oral y vivida, que llega incluso hasta la redacción del Nuevo Testamento, no hubiera podido trans-

mitir más con la misma garantía lo que había transmitido hasta aquel momento, ¿a través de qué medio hubiera recogido en el futuro el misterio que la Escritura significaba? ¿Cómo se constituye una norma 'normans' para poder juzgar entre las interpretaciones diferentes y contradictorias de la Escritura, que se encuentran en el mundo cristiano? ¿Dónde estaría la Iglesia? ¿qué sería del depósito de la fe, si una verdad fundamental revelada y transmitida, desde el origen, mediante la vida y la palabra de la Iglesia, no mantuviese vivo entre todas las interpretaciones contradictorias y entre las controversias humanas, este contenido de la Revelación encerrado en la Sagrada Escritura?» (p. 44).

Nos parece que subrayar —como hace Siri— el papel de la Tradición en la actividad interpretativa es no sólo oportuno sino necesario; y Siri insiste en este criterio con sobriedad, pero claramente. El trabajo teológico sólo puede proceder rectamente en esta perspectiva, y sólo bajo este punto de vista contribuye a la transmisión de la Revelación salvífica y es verdadero apostolado, verdadero servicio eclesial (cfr. p. 44).

En esta obra, sin embargo, queda sin profundizar el problema de la relación entre fe y filosofía: establecido —como escribía Pablo VI (*Insegnamenti*, VI, p. 957) y como siempre ha enseñado la Iglesia— que el dato revelado no se subordina «a los criterios de las ciencias profanas», y por tanto tampoco a los criterios de la filosofía, se trata de ver entre qué límites la filosofía se ha de entender como ciencia profana opinable, y cuándo es, en cambio, expresión de la *recta ratio*. Porque en esta segunda acepción la filosofía sirve a la interpretación del dato revelado: así lo ha enseñado siempre la Iglesia, aprobando (también con el Vaticano II) el método teológico de Santo Tomás de Aquino, que utiliza la metafísica para la profundización especulativa del dogma. Pero la filosofía entendida como *recta ratio*, no es tanto el desarrollo teórico de hipótesis científicas, propias de los especialistas y ligadas a un lenguaje técnico, sino más bien el común denominador de la certeza inmediata de la inteligencia humana en el interior de cada tiempo y cultura, certeza expresada con un lenguaje no técnico ni de especialista. Es el problema de la relación entre fe y sentido común al nivel de las fórmulas dogmáticas, es decir, del *Credo* que la Iglesia propone a todos, incluso a los que no utilizan la filosofía ni como ciencia profana ni como ciencia auxiliar de la sagrada teología. El Cardenal Siri es consciente de este problema; tan es así que alude al «vértigo de la búsqueda perpetua» que hoy lleva a muchos a relativizar hasta tal punto el lenguaje, que se quita todo sentido a los «puntos de referencia inmutables, como lo son las palabras, los vocablos y las fórmulas consagradas por la Revelación, en la profunda vida de la Iglesia» (p. 31). Pero esperamos del autor un ahondamiento teológico en este aspecto, esencial para evitar que muchos caigan en la tentación de considerar «ingenua» o «acrítica» (es decir, no científica) la comprensión común e inmediata de las fórmulas dogmáticas: comprensión que —como hemos visto— vincula a todos, incluidos los teólogos, y a todos del mismo modo, *eodem sensu eademque sententia*.

ANTONIO LIVI